

como educación de la fe. Tras plantearse el interrogante, muy de nuestra época sobre la posibilidad de educar la fe, presenta una visión renovada acerca de la fe y señala la finalidad de la catequesis al servicio de la fe y dentro de su itinerario de crecimiento hacia la madurez; finalmente destaca la originalidad de la catequesis y su relación frente a la teología, la socialización, la cultura, la religión. 3) La catequesis, mediación y experiencia eclesial; se plantea primero la problemática en torno a la relación catequesis-Iglesia, comunidad eclesial, viendo sus valores y sus dificultades actuales de esta relación. Presenta la Iglesia como dependiente enteramente de la Palabra de Dios y como lugar de actualización de esta Palabra y extrae las consecuencias correspondientes para la acción catequética que es una mediación eclesial; punto fundamental para la catequesis es el modelo eclesiológico que la inspira o inspira ella misma: por ello estudia distintos modelos eclesiológicos y su incidencia en la catequesis, deteniéndose y resaltando lo que el autor denomina «modelo orgánico» de una eclesiología de comunión y servicio.

Tras descubrir la identidad de la catequesis en sí misma, apoyándose en estas tres coordenadas, presenta la catequesis en relación con otras mediaciones eclesiales: diaconía eclesial, comunión y comunidad, liturgia; no sólo presenta la originalidad de la catequesis en referencia a estas mediaciones, sino al mismo tiempo señala como posibilidad y se orienta hacia la realización, por parte del creyente y de la comunidad, de estas mismas mediaciones en una interacción indestructible.

Al final de cada capítulo sigue una orientación bibliográfica amplia sobre los temas abordados; orientación de gran valor por la actualidad de los libros y artículos que reseña y por la importancia, generalmente, de los mismos. Concluye la obra con una bibliografía general con documentos oficiales de la Iglesia Universal o de las Iglesias locales sobre la catequesis y con las obras generales de la Catequética.

El resumen anteriormente expuesto nos muestra el gran valor de este tratado de Catequética. Es un libro altamente orientador, que recoge afinadamente la problemática más importante que actualmente tiene planteada la acción catequética; no es un libro teórico-deductivo, sino totalmente inserto en la situación real de la catequesis, y, más aún, de la Iglesia y de nuestro mundo. Sitúa la catequesis no hipostasiándola sino en referencia a toda la Iglesia en su misión evangelizadora. Nos ofrece las claves básicas para que la acción catequética responda a sus cometidos dentro de una Iglesia que opta decididamente por la evangelización, y de una visión eclesiológica, consecuentemente, como sacramento de Cristo en el mundo y signo del Reino y reinado de Dios en medio de los hombres. Presenta la catequesis en el conjunto de la acción eclesial y en relación estrecha con las distintas mediaciones eclesiales. Asume enteramente la renovación catequética de los últimos años y abre perspectivas y cauces nuevos para un impulso catequético. En suma, una obra muy valiosa que esperamos ver pronto editada en castellano.

Antonio Cañizares.

Gatti, Gaetano, *Ser catequista hoy* (Sal Terrae, Santander 1982).

Es un libro que ha sido acogido con expectativas por parte de los catequistas cualificados. El largo caminar en la acción catequética del autor y su tarea investigadora, dan garantía al esfuerzo hecho para poner por escrito lo que dudamos ha tardado años en ir perfilando. El título de la obra en italiano ha suscitado también desos de leer

el libro dado el momento de interés en que nos encontramos, por profundizar el ministerio del catequista.

Después de una primera lectura se agradece el subtítulo, puesto en la edición española, porque sí queda claro en toda la obra que se perfila un itinerario de fe para la formación espiritual del catequista, que *de hecho* es ministro de la Palabra.

Es sin duda un acierto que el autor haya escogido la faceta de la «cualificación espiritual» de los catequistas, en un momento en que se gastan muchas energías en descubrir el talante educador del catequista, su preparación en las ciencias humanas, su capacitación en la utilización de técnicas adecuadas para hacer más comprensible el mensaje al hombre de hoy. Este libro viene a recordarnos que aunque sea muy importante todo el campo de investigación en la actualización de los lenguajes y la adquisición de nuevos estilos pedagógicos, no se puede perder de vista algo tan sumamente importante como es su cualificación espiritual, aspecto que le hará no perder su propia *originalidad* como ministro de la Palabra.

El autor nos pone en contacto con este itinerario espiritual del catequista a través de tres grandes capítulos, que a su vez son facetas de ese mismo itinerario: el Bíblico, el Teologal y el Eclesial.

En el itinerario bíblico, considera a los catequistas como *servidores de la Palabra* y por tanto educadores en la fe en la Iglesia, mensajeros de Jesucristo Salvador y anunciadores de la Pascua del Señor.

En todo este apartado queda muy claro la pertenencia del catequista a la comunidad cristiana. Para ser servidores de la Palabra, tiene necesidad de la fe de la comunidad, que reconoce en él los dones del Espíritu. Es la Iglesia la que descubre su ministerio en la palabra y en la vida de uno de sus miembros y la que le envía para el ejercicio del ministerio catequético.

También se toma conciencia de estar desempeñando en la comunidad cristiana un servicio que sitúa en la línea de los Profetas y por tanto dentro de la Historia de Salvación que hoy se sigue actualizando por la tarea catequética.

Dá mucha importancia en todo este apartado a la *relación personal* del catequista con las personas a las que catequiza. En esta relación podrán descubrir los muchachos al «testigo» de Cristo Salvador; el catequista anuncia a un Jesús que se encuentra con toda clases de personas: pobres, ricos, pecadores... en resumen, presenta a Jesucristo en *situación* (en contacto directo con las vicisitudes humanas), en *relación* (en diálogo profundo con el corazón de los hombres, invitando a la conversión) y en *acción* (con capacidad de hacer un mundo más justo).

Invita a que el catequista viva en profundidad la Pascua del Señor, haciéndola realidad en su vida día a día y celebrándola con la comunidad cristiana.

En el itinerario Teologal nos hace ver cómo el ministerio de la Palabra, requiere ante todo la santidad del catequista, expresada en su vida teologal de fe, esperanza y caridad, que le llevarán necesariamente a una vida testimonial y llena de alegría.

El servicio catequético va unido a la fe como primera respuesta al don del Espíritu; a la esperanza, que es anuncio de realidades que se presentan como promesas; a la caridad, porque hace crecer el amor fraterno; al testimonio, dando fe de las obras realizadas por Dios; a la alegría porque proclama la buena nueva, la presencia del Señor entre nosotros. Es todo un itinerario de fe teologal en el que el catequista habrá de profundizar y en el cual el autor le ayudará con este capítulo.

Quiero destacar como más novedosos e interesante para el mundo en que vivimos el apartado que dedica a la pedagogía de la alegría. Presenta el encuentro catequético como generador de momentos agradables, esperados y queridos, por la alegría con la que el catequista vive su vida y comunica la Buena Noticia. Todo esto hace que el catequista tenga buena acogida, buen trato en sus relaciones y cree un ambiente bello, sugestivo, y atrayente. Es decir, que refleja alegría.

La alegría del catequista va a hacer recuperar el timbre pascual en las relaciones litúrgicas, la comunidad vivirá la alegría de la Pascua.

Es un apartado sugerente, pero en su desarrollo abunda, tal vez, un exceso de «formalidades» que podrían crear una alegría poco espontánea.

El tercer apartado está dedicado al itinerario Eclesial. Aquí nos presenta el autor como *única catequista auténtica* a la Iglesia, ya que solo ella es capaz de anunciar el Misterio de Cristo. Por tanto, dentro de la comunidad eclesial es dónde se desempeña el ministerio profético. Ahí queda enclavado el ministerio catequético como momento del anuncio de la Palabra de la Iglesia. Se llega a la conclusión, de que el catequista se nutre de una sólida espiritualidad eclesial.

Cada persona en su condición de vida (casado, célibe, consagrado, religioso) anuncia y hace presente *un momento* de la Iglesia, que se complementa con las otras experiencias. Por tanto, es imprescindible el encuentro y la comunión con otros catequistas para descubrir las propias originalidades y las novedades de las aportaciones de los demás, en una sana confrontación.

En ésta parte el autor nos presenta el ser catequista desde los diversos estamentos de la vida: al sacerdote el servicio de la comunión eclesial del ministerio de la Palabra; a los religiosos como anuncio vivo del evangelio del Reino; a los padres-catequistas como signos vivientes de la Nueva Alianza de Dios con su pueblo; y a los laicos como testigo de la presencia de Cristo en el mundo de hoy.

Deja el autor claro el sacerdote como catequista de catequistas y a los laicos como una capacidad mayor de atención a las realidades humanas y más actitud de escucha para comprender el sentido profundo de los acontecimientos e interpretarlos a la luz de la Palabra.

Ambas cosas podrían ponerse un poco en cuestión ¿no puede un catequista seglar ser el orientador y animador del grupo de catequistas de una parroquia o una zona? ¿no se dan ya casos de estos en la vida de la Iglesia? ¿no tiene que estar el sacerdote tan cercano a la vida que pueda también descubrir los signos de Dios en los acontecimientos cotidianos? temas todos ellos que están abiertos al diálogo y a la profundización.

Nos queda solo agradecer al autor el esfuerzo hecho y la aportación dada que nos hará valorar más el itinerario espiritual del catequista en la triple dimensión que nos lo ha presentado.

Isabel Mariscal